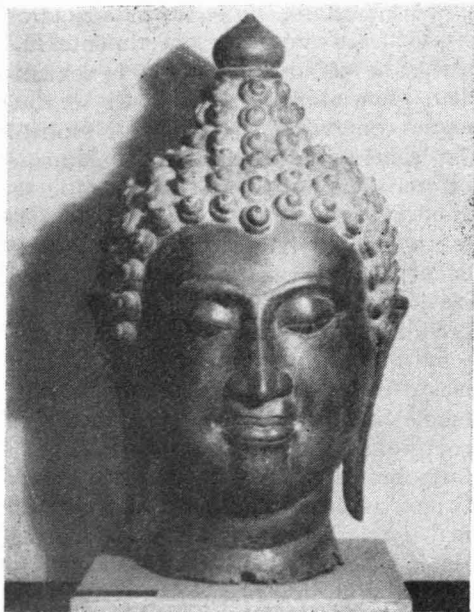




...un crisol de las culturas china e india...

thailandesa con obras que van del siglo XII al XIX. Tailandia, la moderna Siam, es junto con los países vecinos un crisol de las culturas china e india, y especialmente a partir del siglo XIII, con el rey Rama Kamheng —reformador religioso y unificador del país— y sus sucesores, todos ellos fervorosos budistas *theravada* o “de la renuncia”, el arte de esta región se encuentra bajo el signo de Buda como por ejemplo el bizantino lo estuvo bajo el del Pantocrator. En la escultura, Buda es la figura que se modela con una casi total exclusividad y siguiendo rigurosos patrones en cuanto a posturas (sentado, recostado, de pie y caminando) y gestos de las manos, de profundo simbolismo místico. Nos explicamos así que de las ochenta y tantas piezas exhibidas sólo una escasa docena no sean Budas; hay algún Shiva, algún Vishnú y unos pocos seres mitológicos. Ciertamente que en cada uno de los grandes periodos del arte siamés, determinado por la capital política y religiosa —Sukothai, Ayuthia, Bangkok—, hay pequeñas variantes estilísticas: así, las cejas son a veces semicirculares, a veces onduladas y hasta casi rectas; nariz y labios cambian de regulares a abultados y a finos; piernas y brazos son un poco más naturalistas o más estilizados, según la época; el cabello está rizado en forma



“variantes estilísticas”

de pequeños conos, de caracol o de plaquetas con espirales grabadas, y remata en muchos casos en una llama ondulante; los contornos son aquí más redondeados, allá más esquinados. Pero si bien la exhibición constituye un acontecimiento cultural de importancia, ya que son pocos los contactos que suele haber entre México y los países asiáticos, no podemos decir lo mismo en el terreno de lo artístico. La mayoría de las piezas corresponden a una artesanía de uso religioso, en que se copian ciertos modelos con una técnica perfecta, pero sin crear obras únicas por su individualización dentro del patrón a seguir. Del conjunto resaltan sin embargo algunas piezas excelentes, auténticas obras de arte. Mencionamos entre ellas dos cabezas de Buda (marcadas con los números 31 y 41) del periodo Ayuthia, en que el rostro no está rígidamente estereotipado; el Buda Caminante del periodo Sukothai (número 69), finamente trabajado en su movimiento y ligereza; y los dos Budas Sentados (números 53 y 61), en que la actitud contemplativa y “en comunión con la tierra” es humana y hierática, de una espiritualidad que trasciende en la expresión ensimismada del rostro y en la delicada suavidad de las formas.

Rafael Coronel

Por Luis CARDOZA Y ARAGÓN

Rafael Coronel sólo empieza a sorprendernos con el “Premio Bial de Córdoba” que acaba de ganar en la VIII Bial de São Paulo. Este premio se otorga al mejor pintor joven de Hispanoamérica presente en el certamen. Su nombre fue propuesto asimismo para el Gran Premio de la Bial que fue compartido por Víctor Vasarely y Alberto Burri.

En la Bial de São Paulo su obra estaba casi sola entre la gran corriente abstraccionista de distintas tendencias. La mayor parte de los artistas de su generación (acaba de cumplir 33 años) no son realistas. Hasta por ello resaltaba su presencia. Por encima de las tendencias se ha de destacar siempre el estilo que no es de ningún otro sino de quien lo crea y se crea con él. Su pin-

tura —original y propia— es una de las expresiones más delicadas de la plástica contemporánea de México.

Recuerdo la exposición de Rafael Coronel en el Salón de la Plástica Mexicana en 1958. Presentó obras abstraccionistas y figurativas, ambas de pareja invención y eficacia. Era la evidencia de su facultad creadora en busca de estilo. Un año más tarde llenó una de las grandes salas del Palacio de Bellas Artes con otra exposición memorable que se puede considerar como una hazaña por su intensidad y riqueza. Dibujos y tintas, óleos en negro sobre papel, figurativos y abstractos. Entonces las manchas de color sobre los dibujos lo alejaban tímidamente de la obra del dibujante. Era un dibujante que tenía color, pero que no era dueño del color. Hoy es un pintor.

Su pintura más reciente ha comprobado que pudo dar magníficamente el salto a la plenitud del color, afinando sus medios y enriqueciéndolos hasta sobresalir con un estilo severo en donde su maestría alcanza gran delicadeza. Para mí lo que más cuenta es la personalidad, la voz propia, el sentido original para vivir la forma. No es una obra novedosa la de Rafael Coronel. Es mucho más: una obra distante de lo novedoso, fecunda por su novedad raigal. La exigencia de su gusto lo libró pronto del encandilamiento fácil por los estilos que se suelen tener como avanzados y que en su reiteración impersonal manifiestan una enorme fatiga y una impaciencia muchas veces pueril. En poco tiempo, Coronel se libró de esa impaciencia al ahondar en sí mismo, al precisar lo suyo y enfrentarse creadoramente al presente y al futuro.

En São Paulo interesó la pintura en sí, la personalidad, la capacidad creadora, sin que guardara importancia particular las tendencias estilísticas. El afán de originalidad que no se apoya en una visión propia ha engendrado una sumisión uniformada que constituye claramente sólo un academicismo de vanguardia. El hastío que causan tales expresiones es idéntico al que causan los figurativos sin sensibilidad y sin imaginación. Las repeticiones de los pintores realistas o abstractos encierran la misma nulidad por carecer de fuerza individuante. La obra de Rafael Coronel, cargada de valores, no necesita de la palabra de nadie. Hace siete años lo vi como el surgimiento de un río en el mapa de la pintura mexicana.

Con premio o sin él —a pesar del volioso reconocimiento a su talento en la Bial de São Paulo— se puede afirmar que Rafael Coronel es el pintor de su generación que ha logrado una transformación más honda y verdadera. Su última exposición en la Galería de Arte Mexicano mostraba un recorrido firme, una afirmación evidente. Ganó el premio con obra de esta calidad y otras pintadas posteriormente. La significación de este triunfo no se ha destacado en México, como lo ha sido en el extranjero. Rafael Coronel tiene ya merecido renombre internacional fundado sólo en su obra misma.



Coronel.—“pintor de su generación”